

LIBRO PRIMERO.

INFALIBILIDAD DEL CRITERIO EN EL ORDEN PURAMENTE NATURAL.

Siendo el criterio un conjunto de reglas para llegar á la certidumbre, ó sea al mas perfecto convencimiento de la verdad; siendo esta la luz que debe guiar los pasos de nuestra conducta; siendo la rectitud de nuestra conducta el medio único con que podemos llegar á la consecucion nuestro fin; verdades todas que se deducen fácilmente de cuanto en esta obra llevamos dicho; ¹ claro es que el criterio referido tiene en sí cuanta infalibilidad pudiera desearse, puesto que de otra suerte habria faltado Dios á su sabiduría, criando al hombre para un fin determinado, y abandonándole al mismo tiempo en el caos de la incertidumbre, por la impotencia en que este se hallaria de asegurarse plenamente sobre la posesion de la verdad. La idea, pues, que tenemos de Dios, la que tenemos del hombre y las relaciones íntimas con que se hallan ligados estos dos seres, nos bastan sin duda para reconocer la existencia y la infalibilidad de aquellas reglas que se nos han dado para llegar al conocimiento y á la persuasion irresistible de la verdad. Mas para no limitarnos á esta sola prueba, entremos un poco mas en la materia, fijemos aquellas reglas, y hagamos ver, al tiempo de exponerlas, que cada serie de ellas en su respectiva línea tiene cuanto ha menester para llegar á su objeto; esto es, para determinar la mas perfecta certidumbre.

Mas á fin de proceder metódicamente, conviene recordar, que siendo varios y diversos los objetos, son tambien varios y diversos los conductos por donde llegamos á tener certidumbre de las cosas. Analizando con escrupulosidad indistintamente los resultados mas generales de las ciencias, para buscar los elementos en que viene á resolverse por último todo el sistema de los conocimientos huma-

¹ Sin embargo, los que acerca de estas verdades fundamentales deseen pruebas mas amplias y deducciones ya hechas, pueden consultar la obra que sigue inmediatamente despues de esta, y lleva por título: *Estudios fundamentales sobre el hombre*: libs. III y V.

nos, vemos que todo consiste sustancialmente en hechos y deducciones; es decir, en las primeras noticias que recibe nuestro entendimiento de las cosas, y en las consecuencias legítimas que infiere de estas cosas mismas y de sus relaciones diversas. Cuando hablamos de la verdad, tratando de clasificarla por todos sus objetos, nos fijámos en la division de verdad en el orden físico, verdad en el orden metafísico y verdad en el orden moral. El primer orden comprende los cuerpos y sus fenómenos; el segundo, los espíritus y seres abstractos; el tercero, el hombre moral, ó sean las leyes y la conducta. Fuera de estos tres órdenes, en que se hallan distribuidos Dios y los espíritus, el universo físico, sus fenómenos y leyes, el hombre y su regla, y los seres abstractos que forma el entendimiento por el uso de la reflexion, no puede hallarse otro objeto ninguno, como lo conoce cualquiera con la mas ligera atencion. Ahora bien, examinando cada uno de estos tres órdenes de conocimientos que abraza la verdad física, la verdad metafísica y la verdad moral, no se encuentran mas que hechos y deducciones. En el orden físico entran como hechos la existencia de los cuerpos, la de sus fenómenos y relaciones diferentes, y entran como deducciones el conocimiento de las leyes á que está sujeto el mundo físico, y la formacion de los principios que el alma establece en vista de los fenómenos particulares. En el orden metafísico entran como hechos la existencia de los seres contingentes, el sentimiento de la nuestra, lo que oímos afirmar generalmente, y entran como deducciones la existencia de Dios, la naturaleza de nuestra alma y los objetos abstractos que ha espiritualizado, digámoslo así, nuestra inteligencia. En el orden moral entran como hechos la promulgacion de las leyes y el sistema de las acciones, y entran como deducciones la teoría general de nuestros deberes, la calificacion de nuestra conducta y las reglas para el gobierno de la sociedad.

De cuanto acabamos de decir, se infiere en primer lugar, que la verdad en el orden físico, la verdad en el orden metafísico y la verdad en el orden moral comprenden todos los objetos de los conocimientos humanos; en segundo lugar, que el conocimiento de la verdad en estos tres órdenes resulta exclusivamente de la noticia de los hechos y del sistema de las deducciones. De ambas cosas se infiere, que pudiendo estar seguros de la existencia de los hechos y de la exactitud de las deducciones, lo estaremos de la verdad, y llegaremos á conseguir la mas perfecta certidumbre. Reservando pues para la seccion siguiente hablar

de la exacta deducción, por pertenecer esta exclusivamente al criterio lógico, nos contraeremos aquí á los hechos.¹

En el sistema general de los hechos parecen tener el primer lugar aquellos que pasan dentro de nosotros mismos, y que no tienen, digámoslo así, mas testigo que nuestra propia conciencia. El hombre no se percibe de su existencia, sino por lo que siente, y este sentimiento es un hecho interior que solo él experimenta. Sus afecciones internas despiertan sus otras relaciones y le ponen en contacto con todos los seres que le rodean. Busca en lo exterior la correspondencia de sus objetos interiores, y el ministerio de sus sentidos es un conducto por donde empieza á distinguir otros hechos de que son testigos, no solo él, sino todos los seres sensibles. Por último, á estas primeras ideas, que parece recibir de la misma naturaleza, suceden aquellas que le comunican sus semejantes desde los primeros albores de la razón. Apenas habla y entiende, cuando empieza á escuchar los nombres de otros países, de otros hombres, y las narraciones verdaderas ó fabulosas de ciertos acontecimientos que han pasado en otras épocas. El hombre hasta aquí vive de sus sentimientos, de sus sensaciones, de su naciente memoria; pero entretanto sus potencias se ejercitan, sus facultades se desarrollan, su razón se forma; llama á juicio las noticias recibidas, las califica con mas ó menos exactitud, y las aplica con mayor ó menor provecho y seguridad. Mediante estas aplicaciones, puede adelantarse mas en el conocimiento de los seres, comprender la naturaleza de su alma y elevarse hasta la existencia de Dios; recorrer las leyes de la naturaleza física, hallar las reglas de su conducta y penetrar en el mecanismo de la sociedad.

Esta ligera ojeada, que hemos dirigido sobre el hombre, nos basta para formar diferentes clases de hechos, descubrir los diversos conductos por donde estos se conocen y establecer invariablemente las reglas en que está vinculada su certidumbre. Hai pues unos hechos que solo pasan dentro de nosotros; hai otros que pasan fuera de nosotros y obran actualmente en nuestros sentidos; hai otros que pa-

¹ La mas leve reflexion basta para comprender que esta resolución elemental de los objetos del criterio en hechos y deducciones en nada contradice á la de nuestros conocimientos en hechos, relaciones y leyes, y á la de todo en pensamiento y su enunciación. La deducción abraza las relaciones ó inicia en el conocimiento de las leyes; y el pensamiento en sus dos modos de ser, esto es, concebido ó enunciado, abraza los hechos, las relaciones y las leyes, y consiguientemente las deducciones.

san fuera de nosotros, obran en los sentidos, pero no están en nuestra presencia; hai otros por último, que son incapaces de afectar nuestros sentidos, sea que se verifiquen dentro ó fuera de nosotros. Los primeros se conocen solo por el sentido íntimo, los segundos por la relación de nuestros sentidos, los terceros por el testimonio de los hombres, los últimos por la exacta deducción. Hablemos pues por el orden indicado de los tres primeros, por ser ellos el objeto de la seccion presente.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL SENTIDO ÍNTIMO.

Si examinamos atentamente lo que pasa dentro de nosotros mismos, hallaremos la existencia de un sin número de afecciones que nos agitan sin cesar, y que ordinariamente determinan el rumbo de nuestras investigaciones, la marcha de nuestra conducta y el sistema siempre variado de nuestras penas y de nuestros goces. Estas afecciones ejercen un influjo extraordinario así en el entendimiento como en la voluntad, están sujetas á modificaciones diversas, son el todo, digámoslo así, del hombre interior. Ellas influyen tanto en el juicio como en el carácter: su desorden suele debilitar al primero hasta el extremo de hacerle casi enteramente nulo, y pervertir el segundo hasta el extremo de hacerle igualmente ruinoso al individuo que le tiene, y á la sociedad que le sufre. Es pues necesario examinar hasta qué punto podemos fiarnos de nuestro sentido íntimo, ya para conocer la existencia y certidumbre de sus decisiones, ya para calcular su influjo en el juicio y en la conducta.

En el testimonio que nos da el sentido íntimo hai que distinguir entre las afecciones internas, sus causas y los juicios que formamos de unas y otras: porque en el criterio de verdad que hallamos en el sentido íntimo, hai ciertos límites de los cuales no puede pasarse sin grande peligro de comprometerse en el error, ó cuando ménos de quedar fluctuando en el inmenso piélago de las probabilidades y de las dudas. El alma experimenta de facto una multitud de sentimientos diversos, gratos los unos, desagradables los otros: unas veces se halla vehementemente acosada por el dolor, otras extasiada en cierto modo por el placer; ya se siente en un estado violento, ya en una pesada inercia, ya en una